

Prieto

1.948

En la Conferencia de los partidos socialistas de Europa, celebrada en París para examinar el problema de la unión europea, y durante el debate general, Indalecio Prieto, en nombre de la delegación de España, hizo las siguientes manifestaciones:

" Al cabo de largos y crueles años de interrupción en las relaciones internacionales del socialismo, el Partido Socialista Obrero Español comparece ante vosotros aureolado de gloria e impregnado de amargura. Proviene la gloria de la participación que tuvo, juntamente con los demás elementos democráticos de España en una heroica lucha, que duró cerca de tres años en defensa de la libertad. Como el heroísmo tiene dimensiones, midiendo las que alcanzó el nuestro, podemos asegurar que ningún pueblo del mundo lo derrochó tanto como nosotros lo derrochamos contra la tiranía. Y proviene la amargura de que ese heroísmo resultó estéril a causa del terrible e injustificable abandono en que durante nuestra contienda nos dejaron todas las democracias. Todos vuestros países, absolutamente todos, en un grado o en otro, unos por acción y otros por omisión, contribuyeron poderosamente a nuestra derrota. No pretendo revivir agravios; si evoco ese abandono es simplemente para hacer resaltar la obligación moral en que todos os encontráis de ayudarnos a reivindicar lo que perdinos a causa de vuestra conducta.

En el problema que motiva esta reunión y origina este debate, la delegación española no tiene que improvisar criterio porque lo establecieron de manera inequívoca los muchos miles de socialistas españoles que, expulsados de nuestra patria, andamos desparramados por el mundo, mediante acuerdo que adoptaron sus delegados en congreso que se celebró el mes de Marzo último en Toulouse, acuerdo por el cual nuestro Partido deberá realizar todos los esfuerzos a su alcance para incorporar España a la unión de la Europa Occidental, incluso si tal unión llegara a adquirir forma federativa, siempre que, al constituirse, se inspire en el respeto a la autonomía de los Estados-miembros, de manera que no se esterbe el progreso-social de que sea capaz cada uno de ellos y con el requisito indispensable a todos de tener plenamente asegurados los derechos individuales con objeto de que esa agrupación internacional lo sea de pueblos auténticamente libres, y en ella encuentren su base y su modelo los futuros Estados Unidos de Europa y más tarde la Confederación Mundial a que aspira el socialismo para garantizar de modo efectivo la paz, cimentando en ella la igualdad de todos los hombres.

Repasando dicho acuerdo y confrontándolo con propuestas que aquí se han formulado hoy, nos confirmamos en nuestra opinión de que, al adoptarlo, graduamos bien lo inmediatamente posible y lo que, como posibilidad, es más mediano. Sinceramente diré que en las proposiciones y en los discursos producidos hoy aquí, encontramos bastante que se distancia de lo inmediatamente realizable.

Debido a la defectuosa organización de la Conferencia, nos encontramos con que, mediadas ya sus deliberaciones, no disponemos de un proyecto concreto de acuerdo que nos sirva de base para discutir, puesto que tal proyecto, habrá de surgir mañana, cuando se reúnan y dictaminen las comisiones que van a ser nombradas esta noche. A fin de corregir, en lo posible, ese defecto, elegiré, para mis consideraciones, el proyecto que presenta la delegación francesa sobre la Federación de Pueblos Libres de Europa, según feliz expresión que empleó hoy, durante su notabilísimo informe, nuestro gran maestro León Blum. En el citado documento se habla de una Federación de Pueblos Libres del viejo Continente será capaz de detener la expansión de los totalitarismos, sean fascistas o comunistas, pero es lo cierto -¿a qué engañarnos?- que en la mente de todos, si hemos de juzgar por los discursos pronunciados, sólo figura el totalitarismo de Stalin, con olvido completo del totalitarismo de Franco, tan repulsivo e más que aquél. Olvidáis el totalitarismo sanguinario que padecemos los españoles y que, en cierta forma, incluso aparece emparado por los socialistas europeos, extremo éste del que luego hablaré.

En el proyecto francés preséntase la ansiada Federación europea como eliminadora de los temores de que caiga bajo la influencia de Rusia o de los Estados Unidos. Quiero hablar con claridad, aunque dentro de límites impuestos por la corrección, y la claridad me obliga a decir que ese párrafo suena a hueco y que al sonar así produce ecos sarcásticos. Más de un centenar de veces ha sonado en vuestros discursos "Plan Marshall" e incluso este plan os sirve a muchos como paso inicial para la Federación. ¿Se puede negar una influencia norteamericana derivada del plan Marshall? Conste que estoy muy lejos de repudiarlo, pues, por el contrario, lo alabo y deseo que que España esté en condiciones para disfrutar también de él. Lo que quiero decir es que con las palabras que con tanto se pretendo buscar un punto de equilibrio ilusorio, un punto de equilibrio falso. En el orden internacional hay influencias legítimas e ilegítimas. Es influencia legítima la que, por medio de una solidaridad plausible, se encamina a asegurar la independencia de los pueblos, y es influencia ilegítima la que, usando de coacciones repulsivas, pretende destruir esa independencia.

En algunas de las disertaciones que hemos escuchado advertí un concepto geográfico excesivamente hermético al no tener en cuenta que el aminoramiento de las distancias, por los modernos sistemas de locomoción, modifica, en más de un aspecto, la geografía. Idéntico hermetismo se registra en el orden económico cuando se aspira a una autarquía europea en sustitución de las autarquías nacionales de hoy. Si se piensa en una autarquía europea, se contempla nuestro problema con visión muy corta que proporciona perspectivas erróneas. Yo, como europeo occidental y como demócrata, me siento más cercano a América que a la Europa Oriental. Aclaro que al referirme a América no aludo exclusivamente a los Estados Unidos del Norte, sino a todo el Continente americano, donde, además del crecimiento vital de otros países, asoman, con una industrialización que al vigorizarse las convertirá en dos grandes potencias, Canadá y Brasil, ofreciendo ambas, con sus inmensas riquezas naturales, gran base de cooperación con la Europa Occidental. Nada de autarquías, de cotos cerrados, sino de redes económicas lo más amplias posibles. Por eso, me siento en dicho orden, más vecino de América que de la Europa Oriental, y, en el orden político, también más próximo mientras en nuestro Oriente se mantengan organizaciones estatales de tipo despótico. En consecuencia, estimo que el párrafo que comento es, cuando menos, ocioso.

Sigo examinando el proyecto francés y encuentro en él un considerando, según el cual la Federación europea proporcionará al pueblo alemán la igualdad de derechos y de deberes con los otros pueblos. Nada he de objetar a esta aspiración, que me parece loable, y desde luego expreso mi más viva simpatía a los delegados socialistas alemanes aquí presentes. Pero no sorprenderá que os diga que tales frases constituyen para los socialistas españoles una verdadera paradoja, porque mientras se sustentan aspiraciones de igualdad con respecto a los alemanes, no se dice media palabra sobre los españoles, cuyos derechos ciudadanos, por no tener ninguno, absolutamente ninguno, son, bajo la tiranía de Franco, mucho menores que los que disfrutaban los alemanes bajo la ocupación militar aliada. He ahí otro signo del olvido en que se nos tiene.

Qué España sea libre es cosa que depende principalmente de vosotros, de los partidos socialistas europeos aquí representados. Antes evoqué vuestras responsabilidades de ayer y ahora quiero hablar de vuestras responsabilidades de hoy. Estas las encontré marcadas en una frase incidental del magnífico discurso que hoy por la mañana pronunció León Blum, cuando recordó que el socialismo participa en casi todos los Gobiernos europeos. He ahí, descollante, vuestra principal responsabilidad de hoy, porque los Gobiernos de que formáis parte consienten, autorizan y sostienen a Franco, manteniendo relaciones diplomáticas, comerciales y de todo orden con él. Si las cortaran, Franco desaparecería.

Hemos oído al camarada Buset, delegado belga, comentar con dura ironía el hecho de que Gran Bretaña haya enviado a Bruselas un embajador reaccionario y que Bélgica haya mandado a Londres un embajador también reaccionario. Reconozco el fundamento de la irónica queja de Buset, pero a mis ojos de socialista español ¡qué pequeño, que insignificante todo eso! ante la circunstancia de que Gran Bretaña, Bélgica y todas las naciones del Occidente de Europa, tengan representantes diplomáticos cerca de Franco, el dictador de España, que no repara en aprisionar y fusilar a sus adversarios políticos. Que España sea libre está en vuestras manos más que en las nuestras.

En la Conferencia de Selsdon, en Inglaterra, antecedente de la que hoy celebramos, os limitasteis a decir que la supervivencia del régimen de Franco impide al pueblo español participar en la organización de la unidad europea. Bien poco representan esas palabras, a las que deben añadirse otras más significativas, por las cuales expreséis vuestra voluntad de cooperar al derrocamiento de un régimen, cuya condenación no es suficiente. A la condenación debe acompañarse una acción contra él.

Os anuncio que mañana, en el seno de la Comisión Política, os propondremos, una declaración categórica en ese sentido. Poco es lo que os pedimos. Esperamos que nos lo concedáis."